



El giro de la política de Estados Unidos y su impacto en la Unión Europea

MATILDE MAS. Universitat de València e Ivie

En los últimos dos años el Congreso de los Estados Unidos ha aprobado tres proyectos de ley que pretenden transformar su economía de forma radical, especialmente en tres frentes que considera críticos: infraestructuras, producción de semiconductores y transición ecológica. Las medidas adoptadas por el gobierno de Biden están en gran medida motivadas por la competencia con China en la lucha por el liderazgo mundial, pero pueden tener consecuencias negativas para la Unión Europea (UE) –al menos en el corto plazo– tensionando unas relaciones que deberían ser fluidas, especialmente en la situación geopolítica actual.

Los tres bloques de medidas –infraestructuras, semiconductores y transición verde– persiguen contribuir a mejorar la productividad aumentando la inversión pública, especialmente en infraestructuras, promover la digitalización, y fomentar la economía verde. El objetivo es conseguir, simultáneamente, la reindustrialización de la economía, reforzar la seguridad

nacional, revitalizar las zonas abandonadas como consecuencia de la globalización, devolver la esperanza a la clase media con cualificaciones intermedias expulsada de las manufacturas, y reducir drásticamente las emisiones de carbono.

Pese a que hay razones que justifican las intervenciones en cada

uno de los tres frentes, la pregunta es si era preciso plantear los tres al mismo tiempo. Muy probablemente la respuesta es que la única forma de conseguir sacar adelante en el Congreso las medidas ligadas a la transición ecológica fuera combinándolas con intervenciones del gusto republicano, como contrarrestar la amenaza de China y corregir el declive

de las zonas más afectadas por la globalización. No deja de resultar curioso que, de los tres, el que más presupuesto absorbe —el destinado a la transición verde— se haya titulado *Inflation Reduction Act* (IRA). Aunque sea cierto que uno de sus objetivos es la reducción de los costes energéticos y por tanto de la inflación, el núcleo se destina a muchos otros aspectos de la transición ecológica que no son precisamente del gusto de la oposición y, por tanto, era más recomendable no destacarlos en el título.

La ambición de unos objetivos destinados a satisfacer simultáneamente a demócratas y republicanos —imprescindible dada la actual correlación de fuerzas— es en gran medida responsable de que las políticas macroeconómicas se hayan invertido con la llegada de Biden a la Casa Blanca, pasando de monetaria expansiva / fiscal contractiva a monetaria contractiva / fiscal expansiva. Este cambio está fuertemente condicionado por la elevación de la inflación tras la pandemia y la invasión de Ucrania por Putin, desbordando ampliamente los objetivos de la Reserva Federal.

El plan es ambicioso, lo que puede plantear problemas serios al ir acompañado de numerosas restricciones como, por ejemplo, que determinados bienes sean producidos localmente; o la fijación de restricciones a las importaciones / exportaciones de productos de alto contenido tecnológico justificadas por razones

La ambición de unos objetivos destinados a satisfacer simultáneamente a demócratas y republicanos —imprescindible dada la actual correlación de fuerzas— es en gran medida responsable de que las políticas macroeconómicas se hayan invertido con la llegada de Biden a la Casa Blanca, pasando de monetaria expansiva / fiscal contractiva a monetaria contractiva / fiscal expansiva.

de seguridad nacional. La presencia de estas restricciones puede hacer que los objetivos sean contradictorios. Por ejemplo, la exigencia de producción local favorece sin duda a sus trabajadores en las zonas más afectadas por la globalización. Pero si, como consecuencia de ello, por ejemplo, las turbinas eólicas se encarecen, la transición energética se encarecerá también con lo que los subsidios verdes habrán servido para subir salarios y precios, en lugar de contener la inflación como propugna el propio título del IRA.

Los planes de Biden suponen un giro de 180 grados. Durante los últimos cuarenta años los gobiernos de Estados Unidos han seguido una política muy distinta basada en la defensa del libre comercio, impuestos contenidos y relativamente pocas regulaciones, justo lo contrario de las que se definen en la actualidad. De hecho, no solo no ponían condiciones de dónde debían producirse los bienes y servicios, sino que criticaban a los países que adoptaran estas prácticas. La aproximación actual impone claras restricciones al comercio con países no amigos, como China, Irán o Rusia, pero también perjudica, al menos po-

tencialmente, a sus aliados —entre los que la Unión Europea ocupa un lugar destacado. Es lo que la actual Secretaria del Tesoro, Janet Yellen, denomina “*la moderna economía de oferta*”, que pone el énfasis en los beneficios de la inversión pública. En realidad, su agenda combina hábilmente el objetivo de apoyar a las manufacturas —política que tanto rédito le dio a Trump— con otros objetivos tales como la reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero, la reducción de su dependencia de las importaciones de bienes estratégicos, y el refuerzo de su liderazgo tecnológico sobre China.

CHINA VS ESTADOS UNIDOS, LA LUCHA POR EL LIDERAZGO MUNDIAL

De hecho, como ha reconocido Biden, “superar” a China es la principal prioridad de su administración argumentándolo con dos razones: la vulnerabilidad de Estados Unidos en la industria de los semiconductores —los más avanzados de los cuales se fabrican en Taiwán, que se verían seriamente afectados si China decidiera invadirla— y los equipos de energía limpia —una industria

Los planes de Biden suponen un giro de 180 grados. Durante los últimos cuarenta años los gobiernos de Estados Unidos han seguido una política muy distinta basada en la defensa del libre comercio, impuestos contenidos y relativamente pocas regulaciones, justo lo contrario de las que se defienden en la actualidad.

en la que China ocupa una posición dominante. Janet Yellen lo ha resumido muy bien: *“Nuestra capacidad de fabricación realmente se ha erosionado de manera muy sustancial, así que no se trata solo del crecimiento a largo plazo de la productividad, sino también de la seguridad nacional”*. Ese es realmente el problema, la seria amenaza que representa China para el liderazgo mundial de Estados Unidos.

Para ello plantea subvencionar a industrias —especialmente privadas— que considera críticas, incluyendo tecnologías de nueva generación y también a otras ya claramente asentadas como las de semiconductores y paneles solares. Biden confía en que la re-industrialización le permita cumplir su gran ambición: la transición verde. Pero el camino está plagado de problemas, muchos de ellos de índole práctica como la dificultad de encontrar proveedores con la rapidez que exige el IRA. Por ejemplo, será difícil construir nuevas plantas fotovoltaicas sin importar equipo de China. En el caso del coche eléctrico, la condición para que los compradores reciban el subsidio de 7.500\$ previsto es que una parte importante de los componentes utilizados en

la fabricación de las baterías procedan de Estados Unidos, o de algún país con el que tenga tratados de libre comercio. El problema es que muchos de los minerales necesarios están concentrados en países que no cumplen este requisito, como Malasia o Indonesia.

IMPPLICACIONES PARA LA UNIÓN EUROPEA

La proliferación de subsidios a la industria norteamericana ha sentado muy mal en otros países, especialmente en la UE, con el riesgo de desencadenar una guerra comercial entre dos potencias que mantienen fuertes relaciones, y comparten objetivos básicos como la defensa de la democracia y la guerra a las autocracias, especialmente a China y Rusia. El 1 de febrero de 2023 la Comisión Europea anunció un nuevo plan de apoyo a la industria verde por un importe similar al del IRA, aunque los subsidios destinados a

la producción de energías renovables son claramente superiores en la UE. Las diferencias cualitativas son más importantes: mientras algunos subsidios del IRA discriminan a los productores extranjeros, los de la UE no contemplan esta exclusión; los subsidios del IRA son más simples, menos fragmentados, y, además, ponen el énfasis en fomentar el despliegue a gran escala de las tecnologías verdes y no tanto en la innovación.

De acuerdo con Bruegel —un *think tank* con sede en Bruselas— lo más probable es que el IRA perjudique a Europa por la vía de reducir su competitividad, pero que al mismo tiempo impulse la transición verde en la mayoría de los países, incluida la UE. No está claro cuál de los dos efectos es más probable que domine. Aunque en el corto plazo es de esperar que ralentice la transición verde, en el largo plazo lo más probable es que el efecto sea positivo al reducir el coste de las tecnologías limpias.

Bruegel recomienda que la UE no responda defendiendo a capa y espada su competitividad frente a Estados Unidos, sino que persiga objetivos más amplios. Por ejemplo, mejorar su competitividad en

Bruegel recomienda que la UE no responda defendiendo a capa y espada su competitividad frente a Estados Unidos, sino que persiga objetivos más amplios. Por ejemplo, mejorar su competitividad en general, acelerar la descarbonización, y adoptar una visión de largo alcance en lo que a su política exterior se refiere.

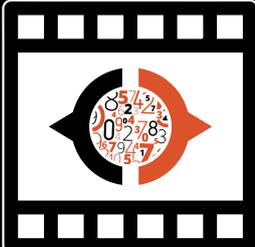
general, acelerar la descarbonización, y adoptar una visión de largo alcance en lo que a su política exterior se refiere. Estos objetivos implican que la UE no debería imitar el enfoque del IRA a los subsidios a la producción, ni imponer restricciones de conteni-

do local. No debería tampoco flexibilizar las normas sobre las ayudas de estado. Más bien, debería centrarse en impulsar su competitividad estructural, incluyendo la reforma del régimen de subvenciones internacionales en el marco de la Organización

Mundial del Comercio, cuyas reglas se ha saltado el IRA con su requisito de contenido local. Y, por supuesto, debe perseguir mejorar la resiliencia de la UE ante las perturbaciones al comercio mundial, tanto las actuales como las que se avecinan ■

Matilde Mas

Doctora en economía por la Universitat de València, catedrática de Fundamentos de Análisis Económico en dicha universidad y directora de Proyectos Internacionales del Ivie. Es directora del proyecto DICTA (Data for European ICT Industries Analysis) del Joint Research Centre Dir. B de la UE, y asesora del proyecto LA KLEMS para Latinoamérica. Economista de referencia es coautora de 88 libros y capítulos de libros y ha publicado más de ochenta artículos en revistas especializadas. Pertenece a Los 100 de Cotec, al Consejo de Redacción de Hacienda Pública Española, al Consejo Asesor de Ekonomiaz, al Consejo Científico de Cuadernos Económicos del ICE y ha sido designada como Vocal del Consejo Asesor de Asuntos Económicos del Ministerio de Asuntos Económicos y Transformación Digital. Destacan sus aportaciones a la economía del crecimiento, el análisis del capital público, sobre todo de las infraestructuras, la economía regional, las nuevas tecnologías de la información y los activos intangibles. Premio Gran Cruz al Mérito en el Servicio de la Economía 2020 del Consejo General de Economistas.

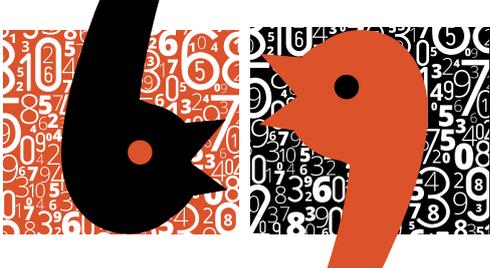


4ª EDICIÓN
CONCURSO COMUNICACIÓN AUDIOVISUAL
EDUCACIÓN FINANCIERA 2023

¡PARA ALUMNOS DE 4º ESO y FP GRADO BÁSICO!

INCLUSIÓN FINANCIERA

“Poniendo especial énfasis en la educación financiera como herramienta fundamental para evitar la aparición de bolsas de exclusión en el conjunto de la ciudadanía”



2ª EDICIÓN **TORNEO**
DEBATE ECONÓMICO 2023

¡PARA ALUMNOS DE BACHILLERATO Y FP GRADO MEDIO!